Desde la fundación de la Sociedad, hasta la hora presente, no ha cambiado el estado del mundo.

Quizá el aspecto general de las Sociedades presenta síntomas más alarmantes.

Casi en todas partes ha desaparecido la solidez en los estudios, y reina la enciclopedia en el mundo de las inteligencias.

El lujo se desarrolla sin freno, los lugares de peligro se multiplican, los caracteres están rebajados, el alcoholismo y la prostitución, como negras y embravecidas olas, se desbordan sobre los hogares y sobre la Sociedad entera.

Y si en nuestra patria, por singular beneficio, no se hace sentir entre los pobres ese odio encarnizado y salvaje á la Sociedad, que estalla, en otras partes del mundo, como un huracán ó como una tormenta que nadie puede enfrenar; si tampoco el odio á la vida es tan profundo que se haga visible por esos atentados frecuentes contra la propia existencia, y si el labio de nuestro pueblo no blasfema ni levanta su mano, desafiando á los cielos, no podemos, sin embargo, lisonjearnos de que nuestra atmósfera esté completamente limpia, ni de que sea refractaria á las emanaciones que envenenan, ni de que un aislamiento, imposible hoy, evite la trasmisión de corrientes malsanas, que difunden siempre nocivos gérmenes de contagios mortales.

Aquí, como en otras partes, hacen estragos el alcoholismo y la prostitución, y se palpan, como más característicos de nuestro pueblo, la ignorancia y la indolencia, cierta aversión al trabajo, los vicios que engendra la más baja de las concupiscencias, y el indiferentismo en materia de religión, más aterrador quizá, tal vez de curación más difícil que el odio en cualquiera de sus formas.

La enseñanza laica, hoy obligatoria, es impotente para curar esas llagas.

Todavía resuena en nuestros oídos la poderosa palabra de uno de los más ilustres profesores de nuestras escuelas oficiales, de uno de los más íntegros magistrados del primer tribunal de la República.

Su alma noble, su honrada conciencia y su clarísimo entendimiento le hicieron prorrumpir, con valor y sin cobardías, en estas frases que reverentes escucharon las ciencias representadas en la última sesión de nuestros congresos científicos:

"Nó, la instrucción no basta para salvar á la mujer del abismo de la prostitución. Queréis poner un puente por donde la mujer pueda salvar, inmaculada y pura, el abismo exterior de la miseria y el abismo interior de la pasión y del instinto? Pues colgad ese puente entre la tierra y el cielo, dad uno de los extremos á la escuela; pero poned el otro en manos de Dios."

Si en la belleza de esta imagen se refleja con toda fidelidad, como yo lo creo sin duda, el pensamiento de su autor, el principio que en él se sintetiza, es absoluto; ni consiente restricciones, ni permite salvedades: la escuela sin Dios es impotente para prevenir el naufragio de la mujer en los lúgubres siniestros de la vida.

Arrastrado por la fuerza irresistible de la deducción, agregaba el ilustre orador: "En esto todavía puede ser de maravillosa grandeza el papel de las asociaciones cristianas."

Y así es en verdad.

La nuestra que, no obstante su humildad y pequeñez, puede reinvindicar para sí el glorioso título de asociación cristiana, aunque no en el sentido más amplio en que lo usan las frases que acabo de invocar, ha llenado esa obra de caridad moral y de redención, no sólo en beneficio de la mujer, para salvarla de la lenta é inapagable fiebre que puede atacarla, sino también para curar otras úlceras sociales y evitar que la niñez y la juventud se hundan, quizá para siempre, en abismos sin fondo de degradación y de muerte.

Sus anales en los sesenta y dos años que lleva de vida, y la compendiada relación que acabáis de escuchar de sus

trabajos en México durante medio siglo, ponen de manifiesto que, fiel al pensamiento de sus fundadores, la Sociedad de San Vicente de Paul no es una congregación meramente piadosa, dedicada al socorro material de la indigencia.

Nó, señores, la Sociedad de San Vicente de Paul está hecha expresamente para los jóvenes, como lo era Jonatás; para jóvenes aguerridos y á propósito para los combates de la fe, como lo era el primogénito de Saúl, que no soltó su lanza ni aun después de la lucha; para jóvenes que han de llevar la misión de propagar y defender la fe, por medio de la caridad, como el mismo joven Israelita, que tenía su lanza en la mano, pero cubierta de miel la punta; para hombres, porque, aunque hecha de intento para jóvenes, no están excluídas de su seno ni la madurez del juicio, ni la experiencia de los años; para hombres, repito, en cuyos pechos arda el celo de la gloria de Dios, para que extirpen los errores, no por medio de la palabra atildada y sabia, como en las academias, ni por medio del periódico, como en la arena política, ni por medio de la fuerza, como entre los paganos, sino por medio de la caridad que ilumina y no ciega, que cura y no lastima, que redime y no envilece.

Es una obra que, adoptando como medio las obras de misericordia, tiene un fin moral altísimo, un fin social admirable, un fin religioso que, á la sombra de la Iglesia, constituye un apostolado fecundo.

Si en sus orígenes y en el fin que se propusieron alcanzar los fundadores de nuestra Sociedad, irradia la luz del cielo y aparece la santidad y la importancia de la obra, de igual modo se descubren esos caracteres, casi divinos, en su organización, en sus persecuciones y en la fecundidad con que el Señor se ha dignado enriquecerla.

III

El cuadro continúa iluminándose.

Jonatás mojó la punta de su lanza en miel que destilaba la piedra.

La piedra es Cristo, dice San Pablo.

Piedra que, desechada por los judíos, llegó sin embargo á ser, cumpliéndose antiguo vaticinio, el fundamento y la piedra angular de un edificio inesperado é incomparable.

La maravillosa historia de la fundación de la Iglesia, es testimonio vivo de que la predicción quedó cumplida.

La piedra es el sucesor de Cristo.

La revolución de 1789, como Herodes y como los judíos, quiso rehacer la Sociedad, arrancando la piedra que le servía de fundamento.

El vaticinio vuelve á cumplirse de nuevo.

Aunque desechado por las sociedades modernas, Cristo, en su Vicario, es la piedra en que el orden social descansa y se sostiene.

La tempestad del 89 fué para los príncipes y los reinos un abismo; para los papas, un pedestal.

Cerca del prisionero del Vaticano, se encuentra la base del decálogo, la base de la justicia y de sus leyes, la base de la dignidad de la persona humana, la base de la paz, la base del porvenir.

Todas las almas lo sienten: hasta las más indiferentes, hasta las más apegadas á la materia, hasta las más hostiles.

Cristo y el Papa, en medio de la tempestad, están de pie, tranquilos, sobre las olas.

Cristo y el Papa son la piedra.

En esa piedra buscan Ozanam y sus compañeros los elementos para el edificio inesperado que levantan.

Cristo, en presencia de Pilatos, dijo: "Yo he predicado

públicamente delante de todo el mundo, y nada he hablado en secreto."

La verdad y el bien nunca están en la sombra.

La obra de Ozanam no podía ser secreta.

Carácter precioso y saliente de nuestra Sociedad, es su vida pública.

Sus manuales, como lo hace notar el Padre Montsabré, sus boletines, sus actas, sus instrucciones, sus circulares, sus presupuestos, todo queda patente á las investigadoras miradas de la autoridad política: nada queda oculto á las manos profanas de los que son extraños á nuestras obras.

Nuestras sesiones jamás se verifican á puerta cerrada: aunque nuestra Sociedad habla en todas las lenguas, son lenguas que todo el mundo comprende.

No hay entre nosotros distinciones de profesión, de iniciación, ni de grado: tenemos, es verdad, un signo para reconocernos; pero es el que aprendimos sobre las rodillas de nuestras madres, el que sirve para conocer á los cristianos.

Cristo dijo en otra vez: "Si alguno quiere venir en pos de mí.... tome su cruz y sígame."

Fieles á esta enseñanza Ozanam y sus compañeros, quisieron que, como era nuestra Sociedad pública, fuese también una Sociedad de hombres libres en toda la extensión y exactitud de esta palabra.

Nos imponemos un triple compromiso: cooperar con nuestros bienes, con nuestros servicios, con nuestros corazones, porque sin la limosna no puede salvarse el abismo formidable que separa á los ricos de los pobres, porque sin la asistencia personal no se suaviza la humillación de la limosna, porque sin el corazón no se pueden ganar corazones, ni convertir los odios en amistad piadosa y reconocida.

Pero este compromiso es libre: queremos seguir á Cristo; entre nosotros no hay juramentos pueriles primero y gravosos después; no hay intimidaciones; no hay ligas que no se puedan romper; no hay cotizaciones reglamentarias que

se convierten en esclavitud; no hay derecho para tocar los recursos destinados á nuestros pobres.

Nuestra ley es sencilla: restringir los gastos á lo necesario, ser avaros del dinero de nuestros pobres, apelar á la buena voluntad de todos.

¿ Queremos salir de la sociedad por cansancio, por enfriamiento, porque nuestra salud ó nuestros recursos están agotados? Nadie impedirá nuestro deseo; nadie censurará nuestro alejamiento.

Somos enteramente libres: nadie tiene que vigilarnos, nadie tiene que inspeccionar nuestros actos.

Nuestra conciencia es nuestro único censor, nuestra caridad la única que puede medir nuestra ternura y nuestras larguezas.

En el libro de los salmos se registran estas preciosas palabras: "Los sustentó con riquísimo trigo y los sació con la miel que destilaba la piedra."

La piedra es Cristo; la miel, dice San Agustín, es su sabiduría.

Ozanam y sus compañeros, comprendiendo que la caridad no entra en el corazón del hombre sin combate, porque en él encuentra un eterno adversario, que es el orgullo, primogénito del egoísmo y padre del odio, fueron á buscar en la sabiduría de Cristo el espíritu de fe que hace descubrir, bajo los harapos de la miseria, al representante del príncipe del siglo futuro, y el sentimiento del amor en su fuente, que es lo que constituye la caridad cristiana, distinta de la beneficencia antigua y de la moderna filantropía.

"Esta, decía Ozanam, es una mujer vanidosa á quien complace el traje de las buenas obras y estarse mirando en el espejo; la caridad es una madre cuyos ojos dulcemente descansan en el hijo que trae en sus brazos: nunca piensa en ella, olvida su hermosura en su amor."

Por eso para los hijos de San Vicente, el pobre es la imagen perfecta de Jesucristo, que es la manifestación personal

del amor de Dios, y por eso, al contemplarlo, se dan á él y ponen á sus pies algo de sus bienes, de esos bienes que reciben cada día y con tanta ternura del amor infinito.

Por eso entre los hijos de San Vicente, cualquier desdén á un pobre, encierra un principio de incredulidad y el germen de una blasfemia.

He aquí, señores, los caracteres divinos que constituyen la organizción de nuestra obra: visible á las miradas de todos, libre, con la libertad de los hijos de Dios, llena de un espíritu de fe viva, inspirada por el sentimiento del amor más ardiente.

En la miel que destilaba la piedra encontró Ozanam estos elementos divinos para levantar su obra tan admirable.

Faltan todavía unas líneas para completar el cuadro.

Jonatás, por haber llevado la miel á su boca, fué condenado á muerte por su padre.

La Sociedad de San Vicente de Paul, nacida en el suelo de la Francia, hija, bajo este concepto, de esa nación tan generosa, es condenada á muerte por el gobierno que regía al noble pueblo francés en el año de 1861.

La circular de 16 de Octubre de ese año, firmada por el Ministro Persigny, declaró que no podía el gobierno reconocer la existencia del Consejo Central, porque era una especie de asociación *secreta* y porque sacaba de las conferencias fondos cuya inversión no se sabía.

Quedó prohibido todo consejo superior, central ó provincial, y decretada la disolución del que existía en París.

La pena de muerte contra nuestra querida Sociedad quedó así fulminada.

El consejo, decía el Obispo de Orleans, combatiendo esa circular, es guía de todas las conferencias; en él reside el órgano vital, el corazón mismo de la sociedad.

He aquí, por qué al suprimirlo, la herís en el corazón. Pero la resistencia es justa, como dice Tito Livio, cuando es necesaria, y piadosas son las manos armadas para defensa de la verdad y de la justicia.

La resistencia se hizo sentir: el Presidente, firme y sereno, guardaba en su pecho la caridad que nunca muere; resistía con paciencia, que es el valor del cristiano; resonaba en las Tullerías la voz de los obispos pidiendo justicia; el clamor de los pobres escuchábase también, y la Sociedad, como Jonatás, que había obrado siempre con el beneplácito y asistencia de Dios, se salvó de la muerte.

Y se salvó Jonatás, sin que el Gobierno francés revocara su circular, como no revocó Saúl la sentencia que contra su hijo pronunciara; sin perder una sola de sus obras, como no perdió el valiente defensor de los hebreos un solo cabello de su cabeza.

Billault, ministro de Napoleón III, decía al Senado en sesión de 16 de Febrero de 1862: "Cuando creíamos disuelto el Consejo General, Mr. Baudon se hace confiar todos los poderes; y aquella concentración que el Gobierno condena en este Consejo, es acrecentada, como que se encuentra con mayor energía en las manos de un solo hombre."

"Nada pudo hacerse—concluye Larousse—contra la presente organización de la sociedad."

Gloriosa en sus persecuciones, porque es glorioso padecerlas por la justicia y por la verdad, como lo proclamó el Redentor de las almas cuando, predicando sobre la montaña, abría ante los ojos de la muchedumbre que lo escuchaba, horizontes de luz hasta entonces desconocidos, no es menos gloriosa y bendita nuestra sociedad por las bendiciones de dulzura que el cielo ha derramado sobre ella, sin límites y sin medida.

Asombra, señores, la rapidez con que se propagara por el mundo la Sociedad de San Vicente de Paul.

Quiso Dios ostentar en ella su poder, haciéndola prodigiosamente fecunda.